
Reseña sobre *Otros escritos*

Marcelo Topuzián

Lacan, Jacques. (2012) *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós. 648 pp. ISBN: 978-950123998-0

Oscar Masotta, Osvaldo Lamborghini, Germán García, Luis Guzmán, *Literal*, Nicolás Rosa: son varios los nombres propios de la literatura argentina que evoca la afirmación de la persistente pertinencia de la influencia sobre ella del pensamiento de Jacques Lacan. La reciente traducción de los *Otros escritos* del psicoanalista francés, pendiente desde hace más de diez años, podría ser la ocasión para revisar, en un contexto de incipiente aunque todavía dubitativa revalidación del lacanismo por parte de los ‘estudios literarios’ tras varios años de desprecio, desconfianza e ignorancia voluntaria, el sentido de su trabajo para el análisis de la literatura. ‘Aplicación’, ‘reducción clínica de la lectura’, ‘biografismo’, ‘esquemización prefijada del texto’ son algunos de los términos que, como verdaderos lugares comunes, han obturado la posibilidad de cualquier revitalización del alguna vez teóricamente fértil tándem de ‘psicoanálisis y literatura’. Y en los años de auge de la teoría literaria, y con ella de la deconstrucción, el cuestionamiento de las deficiencias básicas en el nivel del análisis literario del “Seminario sobre ‘La carta robada’” por parte de Jacques Derrida –en su artículo titulado, evidentemente *ad hominem*, “El cartero de la verdad”– terminó de quebrar unas relaciones ya entonces bastante maltrechas (si bien, mucho más recientemente, René Major se atrevió a revisar ese veredicto de incompatibilidad radical –Lacan, por su parte, veía en la deconstrucción y en la *différance* derridianas un mero “relevo del catecismo” estructuralista– en su *Lacan con Derrida: análisis desistencial*).

El volumen de los *Otros escritos* recoge, en un orden razonado más que exactamente cronológico, los textos anteriores que Lacan dejó fuera de los *Escritos* de 1966 –cuya estructuración este libro busca replicar–, y muchos de los que los siguieron, todos previamente disponibles solo en traducciones aisladas. De “Lituratierra”, el “Homenaje a Marguerite Duras”, “Radiofonía”, “Televisión”, “El atolondradicho”, se puede ahora contar con una versión canónica en castellano, con todo lo que esto podría implicar. Así, es el Lacan del objeto *a*, del goce, de lo real y del matema



(496-507) más que el del ‘inconsciente estructurado como un lenguaje’ aquel con el que nos encontraremos aquí, un Lacan que ya se atreve a cuestionar el discurso de la lingüística (432, 513) y que está pendiente, aunque muy críticamente, de las apuestas del freudomarxismo post-*soixante-huitard* a través del ‘plus-de-gozar’ (458-463). Los traductores han limitado las notas aclaratorias a lo estrictamente indispensable, lo cual, como es sabido, no basta para hacer más fluida una lectura sin dudas ardua, motivada, en efecto, por la escritura aforística del propio Lacan, pero también resultado quizás, en algunos casos, de un celo excesivo en la voluntad general de literalidad de la traducción.

Tradición inocultable de los ‘estudios literarios’ argentinos, el lacanismo es una presencia más o menos constante y también más o menos explícita en su ámbito, con el probable beneficio de que ningún ‘culto a Lacan’ se haya desarrollado entre sus practicantes: desprejuicio, inventiva y malentendido han sido las claves de una lectura que, como otras del universo teórico de la hoy denominada ‘*french theory*’ llevadas a cabo en nuestro país, ha rendido sus frutos –a menudo exóticos, generalmente sabrosos. La pertinaz invención de un “Lacan literario” (según el título de Jean-Michel Rabaté), que no es simplemente el de los psicoanalistas, dio –y podría seguir haciéndolo– en un desplazamiento discursivo relativamente a salvo de las intrigas palaciegas y las disputas sucesorias más o menos habituales entre los diversos lacanismos psicoanalíticos, y abierto a todas las impropiedades de una lectura parcial, interesada y excéntrica, que siempre parecerá impropia a quienes, como afirma Lacan, “se interesarán en transmitir literalmente lo que he dicho: tal como el ámbar que cuida a la mosca, para no saber nada de su vuelo” (423).

Hoy, cuando las ciencias sociales se han convertido en fuente privilegiada de teoría y metodología para unos ‘estudios literarios’ que parecen haber renunciado a su derecho inalienable a interrogar específicamente su propia práctica –‘teoría literaria’ fue sin dudas el nombre que esa interrogación tuvo contemporáneamente a la redacción de estos textos de Lacan, y hasta unos veinte años después–, y la historia social y cultural, la sociología de la cultura y el análisis del discurso se reconocen a sí mismos casi indiscerniblemente en los marcos conceptuales de la mayor parte de la producción y los objetos de la investigación literaria reciente, resulta seguro refrescante que un psicoanalista de la talla de Lacan, muy atento también él mismo a las implicaciones epistemológicas generales supuestas por su reelaboración del psicoanálisis freudiano, haya escrito que tratar lo que tiene que ver con el orden simbólico “por la vía psicoanalítica excluye cualquier objetivación que se pueda propiamente hacer de él” (153), dado que, al contrario, es por la objetivación misma que “el sujeto intenta habitualmente eludir su responsabilidad” (154); y que sin embargo al mismo tiempo la causalidad de lo simbólico sea explicitable en una forma propiamente lógica (182) inscripta, como tal, radicalmente en lo real. “La experiencia del inconsciente, considerada en el nivel que yo la instalo”, afirma Lacan, “no se distingue de la experiencia física”, y “es con la lógica con lo que [el discurso psicoanalítico] toca a lo real, al encontrarlo como imposible, por lo cual es ese discurso el que la lleva a su última potencia: ciencia, he dicho, de lo real” (474). Entonces, “¿qué es una ciencia que incluya al psicoanálisis?”, es capaz de preguntarse Lacan en lugar de si el psicoanálisis es una ciencia (205) y, como consecuencia, de marcar “el derecho preferencial del sujeto cartesiano en tanto se distingue del sujeto del conocimiento como sujeto de la certeza” (206) y del hombre como ser hablante, el cual, “si el psicoanálisis debe ser una ciencia, [...] no es un objeto presentable” (229), al tiempo que el psicoanalista no puede coincidir con el científico que se arroga el derecho de ser sujeto del saber de lo real, modelo del que solo puede constituirse como el “desecho” (329), dado que el inconsciente “no es

más que un término metafórico para designar el saber que solo se sostiene por presentarse como imposible, para que a partir de allí se confirme por ser real” (448). Sirvan estas citas como testimonio del máximo momento de imperialismo de unas ciencias sociales que, con Lacan, se atrevieron hasta a vérselas con las matemáticas y la física teórica, con pertinencia y éxito variables, es cierto, pero en un movimiento que –dado el reflujo contrario que hoy reivindica generalizadamente la colonización por parte de las ciencias llamadas ‘duras’ de campos hasta no hace mucho reservados a las sociales (con el ejemplo privilegiado de las neurociencias)– hoy resulta poco menos que impensable, lo cual por cierto podría llegar a volver atractiva, como cuestionamiento de lo que en la actualidad es simple lugar común, una reinterrogación de los alcances epistemológicos del giro que Lacan le imprimió al psicoanálisis –giro más kepleriano que copernicano, según él mismo confiesa en este libro (454). Lacan era capaz de reconocer, ya en el estructuralísimo año de 1966, que

el estructuralismo durará lo que duran las rosas, los simbolismos y los Parnasos: una temporada literaria, lo cual no quiere decir que esta no vaya a ser más fecunda. La estructura, por su parte, no está próxima a pasar, porque se inscribe en lo real o, más bien, porque nos brinda la oportunidad de dar un sentido a esa palabra, real, más allá del realismo que, socialista o no, es siempre solo un efecto de discurso (243-244).

Me pregunto hasta dónde es posible hacerse cargo hoy del impacto epistemológico del acontecimiento estructural, y especialmente si algo pueden hacer en ese sentido unos ‘estudios literarios’ siempre, o bien acostumbrados a las liquidaciones de temporada, o bien inclinados a tomar al pie de la letra como radicalmente real solo lo que sobre su ámbito son capaces de decirle unas ciencias sociales que hace bastante han olvidado las aspiraciones que las movilizaron en su tiempo.

Cabe de hecho preguntarse por qué las influyentes lecturas de Lacan que se han venido llevando a cabo últimamente en los ámbitos de la filosofía, la teoría política y los análisis culturales contemporáneos no han sido todavía bien recibidas en unos ‘estudios literarios’ cuya única fuente de legitimidad parece hoy provenir de su posible –cuando no ya definitivamente realizada– asimilación a las ciencias sociales, y que con esto han disuelto los fantasmas teóricos relativos a los riesgos de la ‘aplicación’ del psicoanálisis, puesto que ya casi todo lo que se hace en investigación literaria hoy podría ser considerado sin más ‘aplicación’ (de los métodos de la historia y la sociología culturales, de la historia de las ideas, del análisis del discurso, de los estudios retóricos, etc.).

La decisión, sin dudas todavía pertinente, sobre si nos encontramos ante una radical reestructuración del campo de las llamadas ‘ciencias humanas’ que luego fue silenciada u olvidada, o bien si el lacanismo –Sokal mediante– no se trató más que del resultado de una mera “impostura intelectual” sin ningún asidero científico válido, implica sin dudas un gran riesgo para unos ‘estudios literarios’ actualmente acostumbrados a correr muy pocos: aunque solo fuera por recuperar el vértigo de las verdaderas opciones intelectuales, quizás valdría la pena dejar de lado por un momento la previsibilidad de las investigaciones al uso –cuya única ‘aventura’ podría consistir con suerte en el hallazgo de un texto periodístico perdido de algún ‘autor insigne’ o en atreverse a afirmar que la literatura es capaz de referirse a tal o cual hecho histórico conocido por todos desde un enfoque también accesible más allá de ella a cualquiera– y enfrentarse a lo que podría resultar en un cuestionamiento radical de la posición misma del crítico y de su propio trabajo, al punto de dejarlo ante un posible vacia-

miento radical del ‘supuesto saber’ al que se aferra para no ceder lugar alguno en un clima de zozobra social, institucional y financiera de los valores en los que veía fundamentada su propia práctica. “Una interpretación cuyos efectos se comprenden no es una interpretación psicoanalítica” (229), afirma por ejemplo Lacan ante unos estudiantes de filosofía. Claro que, frente a las exigencias actuales de los organismos de evaluación de la investigación literaria –centradas como están en lo que el propio Lacan, en uno de sus habituales juegos de palabras, llamaba *poubellication* (que suena casi como ‘publicación’ pero más bien quiere decir ‘arrojar al tacho de basura’)–, difícilmente un investigador se atrevería a enfrentar semejante cuestionamiento, que podría hacerle ganar en profundidad, es cierto, lo mismo que sin embargo perdería en velocidad de tipeo.

La desconfianza y el rechazo de Lacan respecto de las versiones universitarias del psicoanálisis (414) –evidente en su formulación de la teoría de los cuatro discursos, a partir del seminario 17 y de “Radiofonía”, incluido en esta recopilación– podría dar lugar a una movilización de los lugares comunes hoy imperantes a propósito tanto de una crítica y una investigación literarias más o menos confinadas en la universidad, de orientación vagamente sociológica o filosófica (sabido es que Lacan condenaba al filósofo a cumplir el papel del bufón en el discurso del amo [520]), como de las homólogas apelaciones a una crítica ‘salvaje’ más allá del escolasticismo de la denominada ‘crítica académica’. En “Lituratierra”, Lacan parte precisamente de que una “crítica de textos, coto reservado hasta ahora del discurso universitario” no ha recibido por eso “más aire del psicoanálisis” (20), o al menos de las evocaciones literarias de Freud. Sin embargo, a la vez declara que “si la crítica literaria pudiera renovarse efectivamente, sería porque el psicoanálisis esté allí para que los textos se midan con él, estando el enigma de su lado” (21). Lacan invierte entonces, en “Lituratierra” al menos, el lugar común de origen más o menos romántico de que en la literatura se formula un misterio no dicho o indecible, terreno salvaje de la cultura que el psicoanálisis podría contribuir a desmalezar y roturar; por el contrario, es en tanto la crítica literaria se mida con el psicoanálisis –pero no haciendo de él un saber auxiliar capaz de esclarecer lo de otro modo oscuro, sino poniendo el agujero del lado de ese saber– que podrá efectivamente abrirse a lo que hoy supone impensado, o impensable.

Una parte importante de estos *Otros escritos* la constituyen los textos ‘institucionales’ de Lacan (247-339), actos de fundación, constitución y disolución de escuela, que configuran modalidades profesionales subversivas aun hoy respecto de las ideas imperantes sobre lo que constituye una ‘comunidad científica’, como la de que “el psicoanalista no se autoriza sino a sí mismo” (261). El interés de Lacan por las cuestiones relativas a la enseñanza del psicoanálisis se vuelve también evidente en estos textos de una manera sin dudas difícil de asimilar por la voluntad de ‘pedagogización’ abstracta y generalizada de la educación superior hoy imperante, aunque sea bajo la forma de un constructivismo que de otro modo parecería deberle alguna credencial.

Como, entre otros, ha indicado Pierre Bayard en su divulgador y lúdico, pero no por eso menos pertinente libro *¿Se puede aplicar la literatura al psicoanálisis?*, ya desde las grandes lecturas de Freud (de Shakespeare, de Hoffman, de Jensen) la literatura ocupó un lugar ambiguo en relación con el psicoanálisis: por un lado, se la veía capaz de haber anticipado gran parte de sus tesis, pero por otro se la sindicaba de haberlo hecho con una vaguedad o un desconocimiento tales que necesariamente motivaban la intervención de la interpretación de la ciencia psicoanalítica. Lacan sutaliza enormemente, si bien –hay que reconocerlo

a pesar de lo dicho— de ninguna manera revierte totalmente, en lo general, esta operación más o menos paternalista de lectura. Eso sí: cambia de referentes. La gran cultura clásica alemana de Freud y su rechazo de la literatura contemporánea de vanguardia, que en muchos casos lo había tomado como inspiración central, cedieron con Lacan sitio, por ejemplo, a la incorporación activa del surrealismo, pero una vez más como “preludio de un advenimiento más grave y más sombrío también” y evitando todo “padrinazgo romántico” todavía presente en el discurso surrealista (173). Sin embargo Lacan a la vez denuncia “la grosería, digamos la pedantería, de cierto psicoanálisis” (210) de “atribuir la técnica reconocida de un autor a alguna neurosis” o “demostrarla como la adopción explícita de los mecanismos que forman su edificio inconsciente”, aunque recupera en el acto el tópico freudiano de que al psicoanalista “el artista siempre lo precede”, puesto que, puntualmente a propósito de *El arrebatado de Lol. V. Stein* de Marguerite Duras, “revela saber sin mí lo que yo enseño” (211). Por su parte, de que James Joyce haya podido testimoniar, con *Finnegans Wake*, el goce más allá del sentido, “lo extraordinario es que lo consiguiera no sin Freud (aunque no baste con que lo haya leído), pero sin el recurso de la experiencia del análisis (la que tal vez lo hubiera embaucado con algún fin chato)” (597). Por el contrario, Joyce “fue derecho a lo mejor de lo que se puede esperar del psicoanálisis en su fin” (19). Hay entonces un saber de la lógica del inconsciente en la literatura, no simple manifestación vaga, ignorada o no reconocida de los descubrimientos posteriores del psicoanálisis, que parece ponerse en pie de igualdad con ella; “la práctica de la letra converge con el uso del inconsciente” (211), y por eso Lacan no decodifica ni interpreta: homenajea, y llama “superfluo” a todo lo que pueda decir sobre “lo que hace Marguerite Duras al dar existencia de discurso a su criatura” (214). Sin embargo, de su propio análisis de “La carta robada” podrá también haber dicho que “mi crítica, si es que cabe considerarla literaria, solo podría recaer, y a ello me dedico, sobre lo que Poe hace por ser escritor al formar un tal mensaje sobre la carta/letra”. No obstante, aclara otra vez, mofándose de nuevo de Marie Bonaparte, que esta crítica no podría operar “mediante algún rasgo de [la] psicobiografía [de Poe]: más bien sería taponada por ella” (21).

Que Lacan haya adjudicado a lo imaginario todavía un lugar en su tríada durante los años de máxima inflación de lo simbólico del estructuralismo, y que en el “Discurso de Roma”, aquí reproducido, cuya lectura acompañó la presentación en sociedad de “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, aclare que “no pienso perjudicar lo imaginario, yo cuyo nombre permanece ligado al estadio del espejo. No solo pongo la imagen en el fundamento de la conciencia, sino que la extendería de buena gana por todas partes” (176). Es cierto, su función resulta subsidiaria, como anudamiento de lo simbólico y lo real (558), en los que se cifra el camino del psicoanálisis, pero, en una época en la que todo se orientaba a simplemente despreciar el papel de lo imaginario (dado que había sido crucial en el momento ‘fenomenológico’ del pensamiento francés inmediatamente anterior), llama la atención que Lacan se resista a arrojarlo por la borda. Con esto, también se abre una enorme posibilidad para un tratamiento serio de la cuestión literaria que extreme algunas consideraciones de Lacan.

Resta hacer todavía el balance de cuántos de los procedimientos más básicos de lectura de los que se sirven todavía los críticos literarios hoy en actividad —y me refiero especialmente al momento más material de la producción significativa en que aún consisten los ‘estudios literarios’, aquella *praxis* en la que, sea cual fuere la parafernalia conceptual lingüística, historiográfica, sociológica, filosófica o antropológica de que disponga, el crítico se enfrenta al texto literario como espacio en el que despliega crucialmente su actividad lectora— deberían

pagar derechos de autor –instancia jurídica que ha sufrido la mayor de las inflaciones a contrapelo de cualquier declaración de muerte, resurrección o transfiguración de la categoría por parte de la teoría literaria– a las operaciones de Lacan sobre la lengua francesa en siempre oportuna aunque a menudo irregular versión castellana. Sobre la cuestión del autor, a propósito de ser él el único que firmaba en la revista *Scilicet*, dirá Lacan:

Que haya sido Shakespeare el que tenía el papel del *ghost* en Hamlet es quizás el único hecho capaz de refutar el enunciado de Borges: que Shakespeare era, como dice él, nadie (*nobody, niemand*). Para que el psicoanálisis, en cambio, vuelva a ser lo que jamás dejó de ser: un acto por venir, es importante que se sepa que yo no desempeñé el papel del *ghost*, y por eso firmo (306).

Más allá de las racionalizaciones siempre del caso en las luchas académicas e intelectuales por el prestigio, toda una teoría del autor bien por encima de las irreflexivas declaraciones de su muerte y de las todavía más simplificadoras actas labradas a su resurrección (en mucho de lo que hoy se hace en crítica literaria) se dibuja en este “apólogo”, al tiempo que, por supuesto, una forma bien interesante de enfrentarse al fenómeno, característico de las humanidades, de la legitimación intelectual de carácter carismático. Por otro lado, a la legibilidad general de lo literario propiciada indefectiblemente por su incorporación radical a los circuitos de una investigación académica que tiende a asimilarse ancilarmente a la que se realiza hoy en ciencias sociales, Lacan opone la consideración joyceana de que un escrito “está hecho para no ser leído” (529-530).

“Lituratierra” constituye el plato fuerte de esta recopilación en relación con los ‘estudios literarios’. Allí, a partir de Joyce, Lacan traza una equivalencia entre literatura y resto que es posible vincular con la figura que Lacan asocia al psicoanalista en el final del análisis (por ejemplo en “La proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista”) y, por supuesto, al rol que adjudica a sus propios escritos como *pouvellication*. Pero se resiste a tratar la letra en referencia a cualquier noción de archi-escritura primaria incluso respecto del significante, con lo cual busca refutar evidentemente la lectura que Derrida hace de Freud. De aquí lo crucial de la tachadura (*litura*) –pero “de ninguna huella que esté de antemano” (24)– en lo que Lacan dice de la literatura. Una verdadera teoría de la escritura se despliega en este texto de Lacan, alternativa respecto de los modelos ‘telquelianos’ que nos son más familiares a los críticos literarios, y articulada con el goce. Es cierto, la retórica ‘japonesa’ de este texto tan famoso entre los críticos como poco leído por ellos, muy de época, por cierto, lo coloca a una distancia que a veces parece insalvable, lo cual probablemente haya sido la aspiración del propio Lacan al redactarlo –“Lituratierra”, efectivamente, como resto inmovible, pero de la última gran interrogación de la escritura literaria, anunciando al mismo tiempo su propia contingencia y, quizás, su desaparición.

Los traductores no han querido subsanar las dificultades de la oscura prosa francesa de Lacan más que con algunas, no muchas, notas que aclaran el uso de algunos juegos de palabras característicos e intraducibles. Si bien esta reticencia podría considerarse un estímulo más para una lectura sin dudas compleja –qué mejor estímulo para quien debería hacer de la exploración de la escritura una profesión–, sin embargo la por lo menos gongorina sintaxis de estos textos en español parece a veces innecesariamente agravada por la extrema fidelidad de la traducción al fraseo francés de Lacan, la cual es también causa probable no solo de los ya habituales giros afrancesados del español de las traduc-

ciones del corpus lacaniano, sino también de algunas erratas, inexactitudes y hasta agramaticalidades, más notorias en algunos textos que en otros, motivadas quizás por cierto apresuramiento en sus versiones. Es inevitable preguntarse si no habría sido mejor que la tarea sin dudas enorme que supuso esta traducción hubiera quedado en manos de un gran equipo interdisciplinario y no de un traductor individual, aun cuando, como es de suponer en este caso, se hayan multiplicado las instancias de revisión. Los reclamos por un hasta ahora inexistente aparato de notas críticas en las publicaciones oficiales en forma de libro bajo el nombre de autor “Jacques Lacan”, que pudiera servir de vademécum para intentar orientarse en la siempre múltiplemente alusiva prosa del psicoanalista francés, se han vuelto ya un lugar común en el que evitaremos caer en esta reseña, en un acto que, como enseña Lacan, no puede sino desconocerse a sí mismo. •

Marcelo Topuzián

Doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Conicet. Profesor Asociado de la cátedra Literatura Española III de la misma universidad. Allí también enseñó teoría literaria. Recientemente publicó *Sujeto, autor y escritor en el eclipse de la teoría*, las apostillas a *¿Puede hablar el subalterno?* de Gayatri Chakravorty Spivak, y un trabajo sobre los best-sellers de Arturo Pérez-Reverte en la publicación colectiva *Dialectos de la memoria*. •